

«LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES»

POR

ARMANDO PALACIO VALDES

Es el humorismo la forma literaria que mejor conviene al genio de nuestro siglo. Falto éste por entero de unidad en el pensamiento y en la acción no puede imponer al arte un todo homogéneo, un ideal definido como materia prima de sus obras. De aquí lo que ahora se llama *subjetivismo*, que no es sino la personalidad del artista levantándose rebelde y poderosa y enseñoreándose del objeto, hasta imponerse osadamente a la realidad exterior. ¿Y qué otra cosa es el humorismo más que el predominio del elemento individual, el «yo» del autor rubricando con la propia genialidad sus obras todas, la cara del escritor asomando detrás de cada hoja de su libro?

Así nada tan libre, tan arbitrario, tan caprichoso como la pluma del humorista. Es como una varita de la que se sirve para hacer las más extravagantes y sublimes diabluras. Con ella rompe la gravitación universal y hace juegos de cubiletes con los astros como si fueran pelotas de corcho; engancha al severo y pesado carro de la razón los desbocados caballos de su fantasía; arranca la carcajada del sollozo; cuelga en los hombros del esqueleto los cascabeles del arlequín; mezcla y revuelve prodigiosamente todas las antítesis en una baraja magnífica y absurda.

Este carácter de variabilidad infinita que constituye el humorismo es, por otra parte, muy humano. El hombre cambia tanto que el estado de su espíritu no es el mismo de un segundo a otro y en cuanto a su naturaleza renueva sus moléculas todas en tan cortísimo período, que más nos dura una levita que un cuerpo.

Modelo en este género es el libro del Sr. Palacio Valdés, *Los Novelistas Españoles*. En él, la áspera y gruñona musa de la crítica se nos presenta tratable, familiar, desenfadada. Se ha despojado de huecos y almidonados ropajes, ha tirado al alto la vieja peluca doctrinal, ha desarrugado el ceño y suelta, regocijada, retozona, aunque sin dejar correa y escarpelo, sin olvidarse de quien es y de lo

que sabe, charla con nosotros en la más graciosa y seductora manera acerca de algunos de los que con diversa fortuna han novelado en lengua castellana.

Fernán Caballero, Alarcón, Valera, Fernández y González, Navarro Villoslada, Pérez Escrich, Castro y Serrano y Selgas, van pasando ante nuestros ojos con su fisonomía literaria propia. De cada uno hace el Sr. Palacio Valdés juicio por lo general muy atinado, en el que se une a lo intencionado y profundo del concepto lo vivo, ameno y pintoresco de la forma. Gran talento ha necesitado ciertamente para huir de la monotonía a que tan fácilmente propende este género de trabajos y dar a su obra tanto interés y animación. ¿Cual es el secreto de esta victoria? Tal vez no bastaran a explicarla por sí solos la fuerza de pensamiento, la sagacidad de observación, la firmeza de criterio que se revelan en el libro. Pero ¿qué no podrá aquel mágico estilo tan variado y caprichoso que parece un caleidoscopio de ideas? Aquel estilo lleno de riqueza y movimiento, rico de tonos y modulaciones, que recorre las notas de un teclado infinito, desde el patético recuerdo a la punzante ironía y agota todas las formas de expresión y todos los matices del pensamiento, desplegando el lujo de colores de una de esas puestas de sol comparables a la paleta de un pintor preparada para el trabajo.

Es de notar además la ventaja que el estilo del Sr. Palacio Valdés lleva al de casi todos los que en España han cultivado el mismo género, pues ha sabido moldearlo en formas castizas, imprimirle el sello nacional y hacerle de este modo tomar de una vez carta de naturaleza entre nosotros. No se piense que al decir esto nos olvidamos de que Cervantes y Larra fueron escritores humoristas, pero cualquiera distinguirá entre el humorismo indígena que aquellos representan y el moderno humorismo de origen y carácter extranjeros.

Y aquí terminamos. Aunque aún resta mucho que decir acerca del precioso libro que examinamos.

EMILIO FERRARI